El maestro de Greiff

Escribe: JOSE MAR

No solo es justo sino que podría considerarse insuficiente, el homenaje que se le ha hecho en Medellín al poeta León de Greiff. Quienes hemos tenido la fortuna de disfrutar, un poco calladamente, de la silenciosa, decorosa y orgullosa amistad del maestro de la poesía colombiana, creemos saber que ese hombre áspero y cordial no ha gustado simplemente de esa acerbía. También ha sabido él de las mieles del placer, no desaforada y atropelladamente, sino a la manera de Epicuro, el antiguo filósofo a quien una vieja calumnia de origen eclesiástico ha pintado como un animal ávido de sensibilidades agotadoras. El secreto del goce puede ser el de la variedad en las emociones y cuando se medita en la apasionada existencia de León no es posible olvidarse de la frase en que Montaigne dijo que la vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

De Greiff tiene una sangre fuerte que ha cargado de hazañas en varias generaciones la historia del país nórdico del que vinieron sus abuelos a trabajar reciamente en las entrañas del trópico antioqueño y se mezclaron en Colombia con nuestras gentes, muchas veces bajo el sol implacable que ha quemado los cerros de la brava y poderosa montaña. El poeta es personalmente un varón robusto y velloso, ancho de espaldas y de sentimientos. Su orgullo carece de ostentación, está escondido en ese pecho viril y en esa mente prodigiosa y se resuelve en estrofas de extraña música. En el fondo puede ser un escéptico, y bastaría para confirmarlo el verso en que ha dicho "todo vale nada y el resto vale menos".

En alguna ocasión quien estas líneas escribe dijo de el León que es un viejo hosco y tierno. Si todo vale nada la sapidez de la existencia ha de diluírse y el corazón ha de quedar limpio como una mañana primaveral. El remedio contra el acerbo sabor de la vida, si no infalible por lo menos casi siempre eficaz es el de ver en el prójimo el lado pintoresco y a menudo extravagante que suele presentar en sus actos y en sus gestos. De Greiff suele captar ese aspecto regocijante del ser humano, pero no expresa en palabras denigrantes u ofensivas la opinión que se forma de los hombres porque él es esencialmente un hombre bueno.

La música no solo está en sus poemas de una extraña y profunda armonía. El es un melómano con-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

sumado, un erudito de los grandes compositores europeos, pasa horas enteras escuchando los discos de esos maestros que han llevado a tantas personas fatigadas por el trabajo el consuelo de sus sonidos que dulcifica las pasiones, eleva el espíritu a regiones ideales y constituye para el mundo una especie de agua lustral bienhechora propicia a las mejores creaciones del pensamiento y del sentimiento. Ya se dijo que en el café Automático de Bogotá hay una especie de orfandad cuando se ausenta "el maestro".

¿A quiénes se les califica y distingue con esta última palabra en nuestro país? Aparte del maestro Sanín Cano, del maestro Guillermo Valencia, del maestro Darío Echandía, quizás del maestro Rafael Maya, no se conocen muchos hombres dignos de esa palabra. El suscrito no vacilará en llamar maestro al gran escritor Jorge Zalamea, tan digno por su prosa como por su carácter, un conocedor perfecto de las más exóticas literaturas, de las mejores pinturas del mundo antiguo, y del moderno, limpio y suntuoso en su prosa, hermoso en sus grandes poemas, justo y valiente en sus juicios de los personajes y las circunstancias. Viajero por el mundo, digno en su porte, apto para sufrir calladamente las injusticias y los olvidos con que se le ha tratado.

El maestro De Greiff ha sido condecorado por el gobierno nacional con la Cruz de Boyacá. De esta insignia puede decirse que está un poco desvalorizada, pues en varios gobiernos anteriores al actual y especialmente en uno que estableció un régimen de fuerza en el país, fueron repartidas centenares y aun millares de esa condecoración no solo a hombres importantes en la política y en las letras, sino a funcionarios públicos de tercera o cuarta categoría. León estuvo al frente de nuestra embajada en Estocolmo como encargado de negocios, fue amigo en cierto modo del rey de Suecia de quien recibió una alta condecoración. No parece que le hagan mucha gracia las cruces y las medallas sobre su pecho vigoroso. El se ríe un tanto de la política colombiana. Es un admirador del general y doctor Rafael Uribe Uribe, que por poco lo hace entrar en antiguos tiempos a la Escuela Militar. Tiene una memoria prodigiosa, recuerda los nombres y las obras de los autores literarios más famosos del mundo. Se asevera que nadie sabe más en Colombia sobre la vida de Napoleón y sus mariscales. Le basta con ser un gran poeta, aunque no lo diga a sus amigos pero sí lo piensa. Sus poemas han sido traducidos a varias lenguas cultas y es sin duda el bardo colombiano más conocido en nuestra América y en parte de los países europeos occidentales y aun en los de la cortina de hierro. Ha cumplido setenta años y parece un muchacho cuando se ríe. No hace chistes, pero sabe captar los más sutiles. Quienes lo conocemos y lo admiramos desde hace varias décadas, sabemos que él gusta del licor, del amor y del sabor. Al homenaje que se le ha rendido en la capital antioqueña nos asociamos sinceramente los pocos que hemos estado cerca de su vida lírica, emocional y pasional.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.